

ANALES DEL MUSEO NACIONAL DE BUENOS AIRES.

Tomo XVII (Ser. 3ª, t. X), p. 215 á 223.

LA BOLSA

DE UNA

MÉDICA PREHISTÓRICA?

DE VINCHINA (PROVINCIA DE LA RIOJA)

(NOTA ARQUEOLÓGICA)

POR

JUAN B. AMBROSETTI.



TRABAJO N.º 64.

BUENOS AIRES

IMPRESA DE JUAN A. ALSINA, CALLE MÉXICO, 1422

1908

(Apareció el 17 de Julio.)

LA BOLSA DE UNA MÉDICA PREHISTÓRICA?

DE VINCHINA (PROVINCIA DE LA RIOJA)

(NOTA ARQUEOLÓGICA)

POR

JUAN B. AMBROSETTI.

Hacen pocos días, el Dr. Florentino Ameghino, Director del Museo Nacional de Buenos Aires, recibía por correo los objetos que paso á describir, acompañados de una carta del señor V. Carrizo vecino de Villa Castelli, Departamento General La Madrid, Provincia de La Rioja, en la que daba cuenta de su hallazgo y ofrecía esas piezas al Museo.

El Dr. Ameghino me las pasó, reputándolas interesantes, á objeto de su estudio y publicación, deferencia que agradezco.

Según el señor Carrizo, todas las piezas fueron halladas dentro de la bolsa que las acompaña, junto con algunas hojas de chagüar (*Bromelia* sp.), entre las ruinas de un caserón, situado debajo de una peña, cerca de antiguas tamberías ó viviendas de los indios.

Dentro del conjunto de los objetos, la presencia del huso con su tortero de madera denota á primera vista su carácter femenino.

Otro objeto, también propio de las mujeres, el *pachequíl*, ó anillo de paja, usado para llevar cántaros de barro sobre la cabeza, afirma lo expuesto; de manera, que por estos dos datos debemos descartar el uso masculino de los demás objetos; porque difícilmente se encuentran piezas correspondientes á ambos sexos tan íntimamente unidas formando un solo conjunto, como éste por ejemplo, en que más circunscripto no puede ser, desde que todo se halló dentro de una bolsa, según lo afirma su descubridor (fig. 1).

La bolsa es de un color café claro, bastante grande, cincuenta centímetros de largo por veinte de ancho, y el tejido que la forma es de *flet* de mallas pequeñas y apretadas.

Por las medidas dadas se ve que tiene la forma larga y angosta como una especie de manga, cerrada en un extremo; además, presenta una costura todo á lo largo, indicando con esto que fué te-

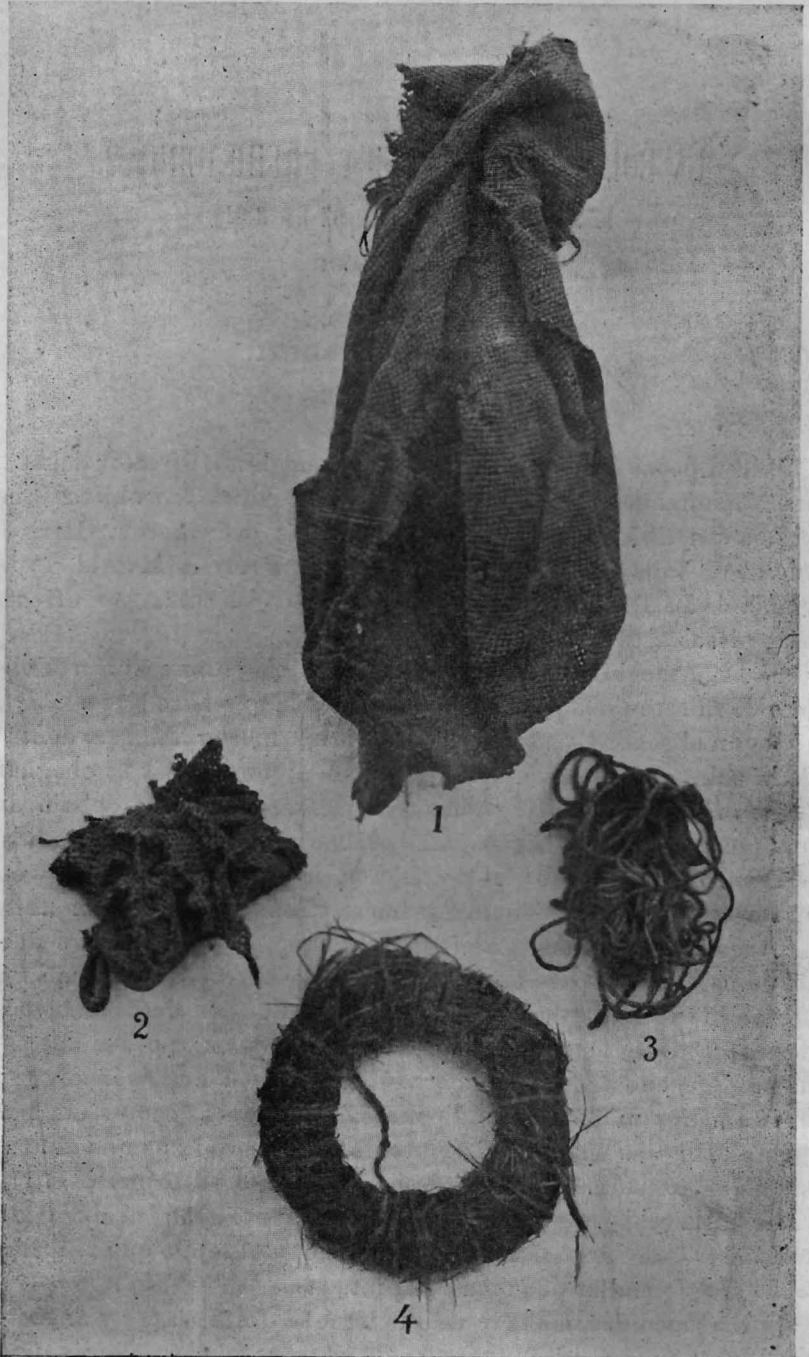


Fig. 1.

1. Bolsa de Caraguatá. — 2. Pequeña bolsa. — 3. Manojó de hilos.
4. Pachequil de paja.

(Fotografía del Sr. Antonio Pozzi). Muy reducida.

jida en un solo paño, el que se ha doblado todo á lo largo y se ha unido por esa costura.

En el borde superior abierta muestra á trechos algunos hilos dobles salientes posiblemente en su origen, ojales que han servido para pasar por allí un cordón y poder cerrarla como una jareta.

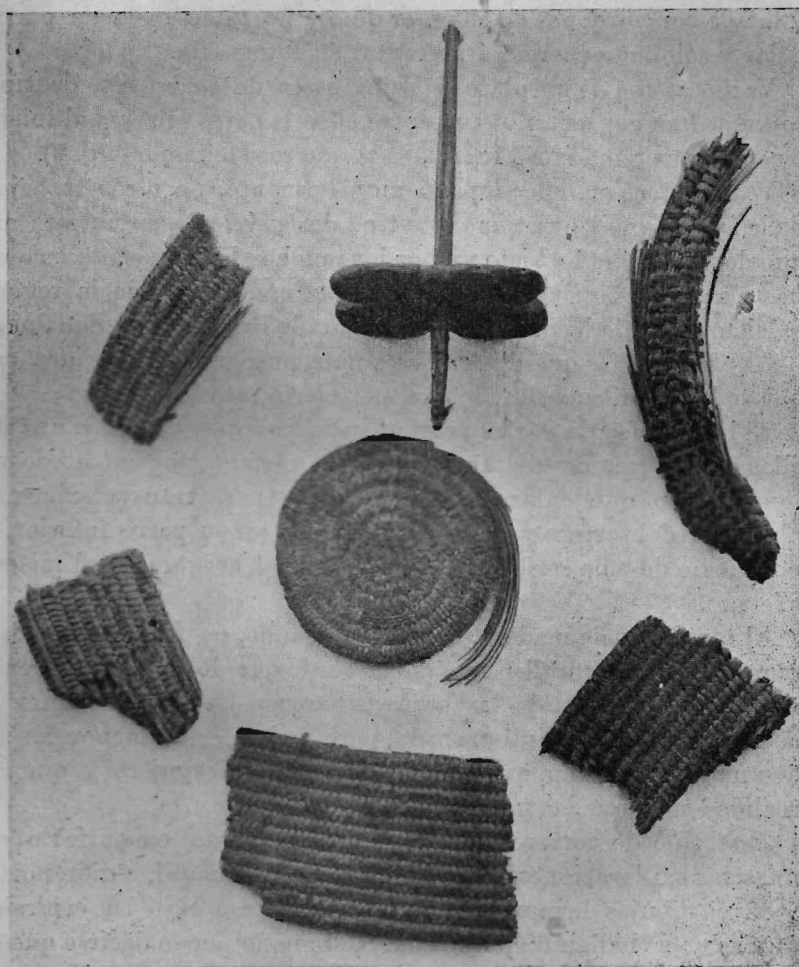


Fig. 2. — Huso de madera y fragmentos del plato de basketería.

(Fotografía del Sr. Antonio Pozzi). Muy reducida.

Otra pequeña bolsa del mismo tejido pero terminada en su parte cerrada por un ojal saliente, viene también entre estos objetos,

pero muy destruida, de manera que es posible que contuviese algunas de las piezas que paso á describir y que se guardasen separadamente dentro de la bolsa grande.

Junto á ésta hay varios cordones é hilos, todos al parecer de caraguatá y que parece fueron los que sirvieron para atar la bolsa.

El *pachequil* es del tipo común formado por paja bien apretada y ligada con cordones de chaguar finos, no tiene nada de particular y sólo me concreto á presentar su fotografía.

Varios restos de un plato ó quizá cesto de *basketeria*, de tipo *coiled* se han conservado aún, entre ellos la parte relativa al fondo ó centro que, como más fuerte, es la que resiste mejor (fig. 2).

Varias veces me he ocupado anteriormente, en otros trabajos de la importancia que tiene este tipo de *basketeria*, en nuestra arqueología, que se ha visto ya por los muchos hallazgos efectuados hasta ahora y en distintos lugares que era propio de la región calchaquí, desde la Puna de Jujuy hasta la Provincia de San Juan.

Las fotografías que ilustran esta nota pueden dar una idea cabal de los detalles de su factura, por cierto muy ingeniosa.

El huso presenta varias particularidades interesantes, y una de ellas es la forma de sujetar el tortero al vástago por medio de un tendón fino que enlaza á este último y pasa transversalmente alrededor del tortero para hacer lo mismo en su parte inferior, y por medio de una serie de lacitos vuelve á asegurarse al mismo vástago.

El tortero es de madera, delgado y grande, de forma discoidal, pero con cuatro entalladuras en su borde que lo dividen en cuatro partes, cada una de las cuales aparecen en la parte inferior conteniendo una espiral grabada, pero ambas se unen por medio de una prolongación, que pasa por delante del agujero y que en realidad es la que las genera (fig. 3).

Este tipo de torteros nos ha sido frecuente encontrarlo en nuestras exploraciones de La Paya, Valle Calchaquí, región norte, y cuyos dibujos hemos publicado, pero en ese caso las espirales unidas no se hallan dispuestas en S, sino que puede decirse que se miran.

Este huso tiene el vástago roto, de modo que no podemos dar sus dimensiones. El tortero es el más grande que conozco; tiene seis centímetros de largo por cinco de ancho en sus dimensiones máximas por tres á cinco milímetros de espesor.

Curiosa es, por demás, una pipa de piedra blanca bastante blanda, cuya forma recuerda, por la posición de su fogón, á las pipas

pero muy destruida, de manera que es posible que contuviese algunas de las piezas que paso á describir y que se guardasen separadamente dentro de la bolsa grande.

Junto á ésta hay varios cordones é hilos, todos al parecer de caraguatá y que parece fueron los que sirvieron para atar la bolsa.

El *pachequil* es del tipo común formado por paja bien apretada y ligada con cordones de chaguar finos, no tiene nada de particular y sólo me concreto á presentar su fotografía.

Varios restos de un plato ó quizá cesto de *basketeria*, de tipo *coiled* se han conservado aún, entre ellos la parte relativa al fondo ó centro que, como más fuerte, es la que resiste mejor (fig. 2).

Varias veces me he ocupado anteriormente, en otros trabajos de la importancia que tiene este tipo de *basketeria*, en nuestra arqueología, que se ha visto ya por los muchos hallazgos efectuados hasta ahora y en distintos lugares que era propio de la región calchaquí, desde la Puna de Jujuy hasta la Provincia de San Juan.

Las fotografías que ilustran esta nota pueden dar una idea cabal de los detalles de su factura, por cierto muy ingeniosa.

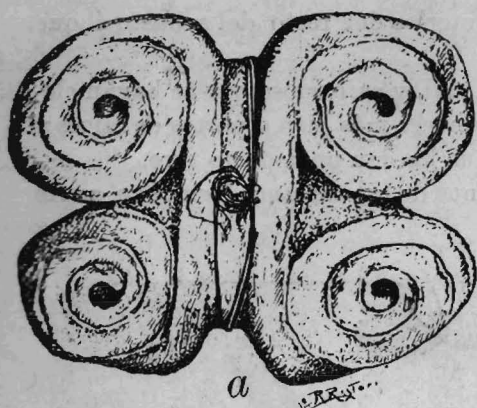
El huso presenta varias particularidades interesantes, y una de ellas es la forma de sujetar el tortero al vástago por medio de un tendón fino que enlaza á este último y pasa transversalmente alrededor del tortero para hacer lo mismo en su parte inferior, y por medio de una serie de lacitos vuelve á asegurarse al mismo vástago.

El tortero es de madera, delgado y grande, de forma discoidal, pero con cuatro entalladuras en su borde que lo dividen en cuatro partes, cada una de las cuales aparecen en la parte inferior conteniendo una espiral grabada, pero ambas se unen por medio de una prolongación, que pasa por delante del agujero y que en realidad es la que las genera (fig. 3).

Este tipo de torteros nos ha sido frecuente encontrarlo en nuestras exploraciones de La Paya, Valle Calchaquí, región norte, y cuyos dibujos hemos publicado, pero en ese caso las espirales unidas no se hallan dispuestas en S, sino que puede decirse que se miran.

Este huso tiene el vástago roto, de modo que no podemos dar sus dimensiones. El tortero es el más grande que conozco; tiene seis centímetros de largo por cinco de ancho en sus dimensiones máximas por tres á cinco milímetros de espesor.

Curiosa es, por demás, una pipa de piedra blanca bastante blanda, cuya forma recuerda, por la posición de su fogón, á las pipas



de Patagonia; el ejemplar que nos ocupa es de pequeño tamaño con su tubo redondeado, lo mismo que el fogón (fig. 4).

Parece más bien un aparato de succión, una ventosa, que una pipa. La parte anterior más larga es imperforada y el fogón no muestra trazas de haber sido ocupado con fuego.



Fig. 4. — Pipa ó aspirador de piedra.
1/2 tam. nat.

Tiene nueve y medio centímetros de largo y tres y medio de alto tomando desde el borde del fogón.

El inventario de las piezas que contenía la bolsa, tropezó ahora para su enumeración con varios objetos de uso desconocido, pero á los que le suponemos un fin médico.

Tales son, por ejemplo: los siete trocitos de madera embadurnados con una substancia negra, resinosa al parecer.

Estas piezas son naturales, y no presentan más trabajo que los cortes neces-

Fig. 3. — *a*, Tortero de Madera visto por su cara inferior para mostrar sus grabados y el modo de atarlo al vástago por medio del tiento. *b*, Corte del tortero para mostrar su unión al vástago con las ataduras. Tamaño natural.—(Dibujos del Sr. R. Ristori).

rios en sus extremos para extraerlos del resto del arbusto á que pertenecieron.

Su tamaño es más ó menos igual, y es curioso que se hayan elegido algunos que parecen pertenecer más bien á partes de raíces y que presentan tuberosidades que les dan un aspecto raro.

Otros dos palitos, más ó menos de ese tamaño, formaban parte

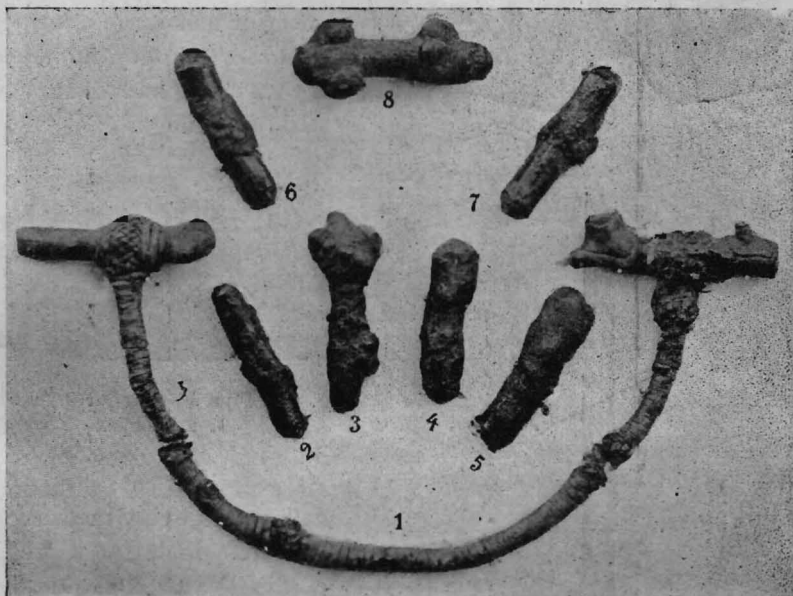


Fig 5. — Trocitos de madera empleados seguramente como medicinas números 2 á 7 y aparato para sujetar número 1.

$\frac{1}{2}$ tam. nat.

de un instrumento también curioso, y que por sus fragmentos he tratado de reconstruir en la figura 5.

Ambos estaban unidos á una especie de cuerda formada por tientos de cuero cortados en tiras muy angostas que envolvían á tendones de animal retorcidos, formando así un cordón fuerte y consistente, aplicando aquí, puede decirse, el mismo procedimiento *coiled* usado para fabricar el cesto ya descrito; la unión se efectuaba por medio de un trenzado de tientos aun más angostos.

Uniendo todos los fragmentos, nos dan un largo de cuarenta centímetros para este aparato.

Otras dos piezas de cuero son dignas de llamar la atención, (fig. 6) pues fabricadas con el procedimiento anterior, es decir, por medio de tientos ó tiras de cuero de huanaco, enroscadas al parecer sobre un esqueleto de tendones, han logrado hacer unas esposas ó grilletas muy resistentes, al mismo tiempo que ingeniosas, formadas por una especie de cinta ancha y relativamente corta, con ambos extremos provistos de un ojal; naturalmente, metiendo un extremo dentro del ojal del otro, quedaba el ojal de éste fuera y libre para ser ocupado á su vez quizá, por uno de esos palitos que se hallan en el

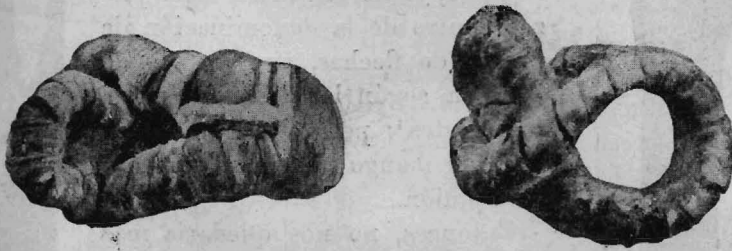


Fig. 6. — Manoplas de cuero de huanaco que formaban parte del aparato de sujetar de la figura anterior.

$\frac{1}{4}$ tam. nat.

aparato anterior; lo que constituiría, así, un conjunto muy apto para asegurar á una persona por ambas manos, como podría efectuarse con uno de esos aparatos policiales llamados esposas; y más seguro todavía podría estar si se aplicase colocándose las en las manos detrás del cuerpo.

Este aparato de sujetar tendría una gran importancia para los fines del empleo de los aparatos que pasamos á describir.

Se trata en este caso de dos instrumentos quirúrgicos que también han venido en la colección.

Son dos palitos con un extremo cortado en forma de V donde se encajan unas puntas de piedra talladas, del tipo arqueológico llamado hoja de laurel (*feuille de laurier*) talladas en ambas caras con cierta prolijidad y provistas de un filo suficiente como para poder cortar (fig. 7).

Los mangos de estas hojas son demasiado cortos, 15 á 17 centímetros, para suponerlos puntas de flechas ó de dardos, y además son redondeados en su extremo inferior y no presentan señal alguna de que hayan estado agregados á un vástago más largo.

Tampoco tenemos conocimiento de que los antiguos indios de la región Calchaquí hayan usado alguna vez el *Atlatl* mexicano ó *Throwing-stick* de los norteamericanos, y en este último caso, no sé si el tamaño de estas puntas de siete y medio centímetros de largo, por tres de ancho en su parte media, pudiera estar en proporción con el resto del vástago á objeto de ser arrojado con eficacia.

Como pasan de siete centímetros de largo, ya no entrarían estas piezas dentro de la denominación de puntas de flechas, sino en las de jabalina, según la clasificación del prof. Outes¹; pero el tamaño reducido del mango nos hace desechar esa opinión.

Entonces, no nos quedaría más que la atribución á un cuchillo emangado exactamente como supone el profesor Outes que debieron estarlos los instrumentos para hendir, que él describe de Patagonia².

Podríamos quedarnos con la opinión de que fueran cuchillos si el conjunto de piezas, los trocitos de madera de formas bizarras que tienen todo el aspecto de remedios y la siguiente cita del Inca Garcilazo

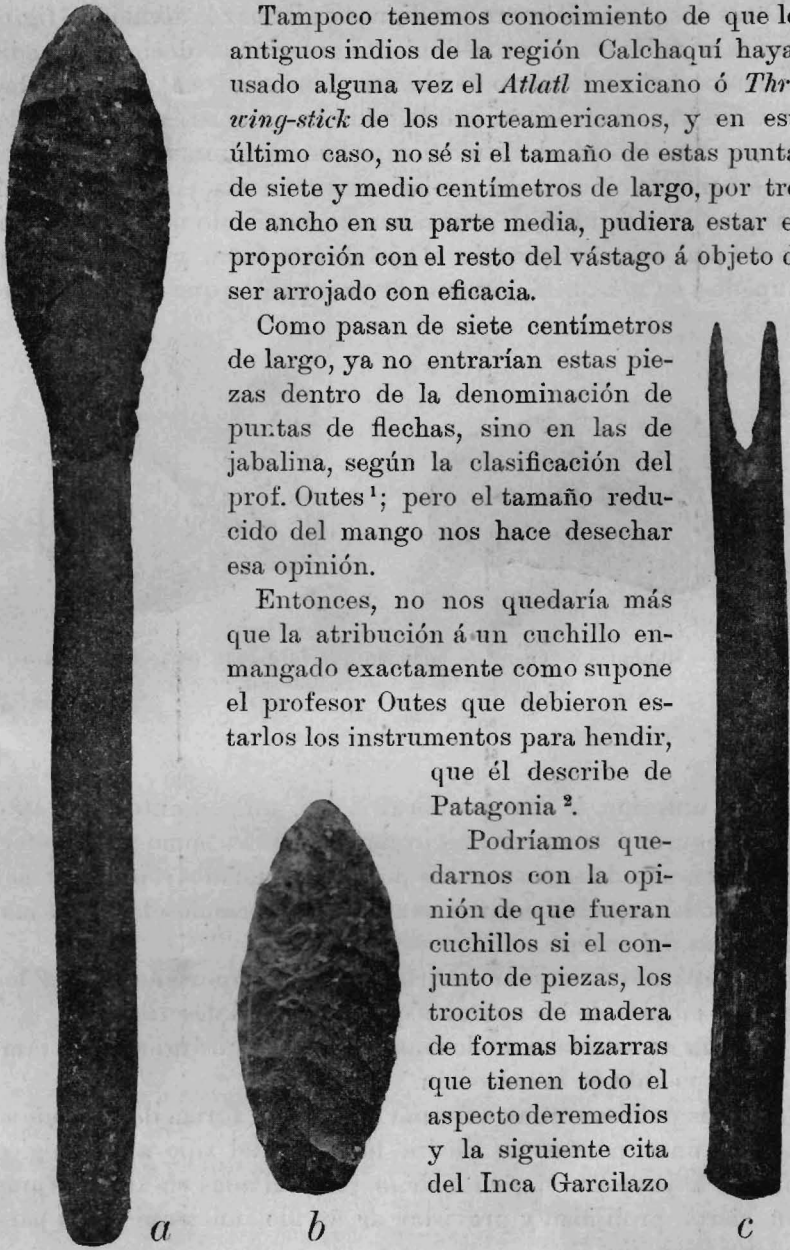


Fig. 7. — Lancetas de cirujano?

a, vista de un ejemplar completo. *b*, la hoja de sílex suelta.
c, el mango de la hoja *b*.

(Fotografía reducida á $\frac{2}{3}$ del tam. nat.)

¹ La Edad de la Piedra en Patagonia, pág. 377. Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, tomo XII. 1905.

² Obs. cit. pág. 373.

de la Vega, no nos inclinara á suponerlos instrumentos quirúrgicos de propiedad de una vieja médica, de los que tanto abundan aún en la región calchaquí y de quienes me he ocupado más de una vez en trabajos anteriores ¹.

Dice el Inca en sus «COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS», cap. XXIV: «*La medicina que alcanzaron, y la manera de curarse*» (pág. 63): «Es así, que atinaron, que era cosa provechosa, y aun necesaria, la evacuacion por sangria y purga, y por ende se sangran de brazos, y piernas, sin saber aplicar las sangrias, ni la dispusicion de las venas, para tal, ó tal enfermedad, sino que abrian la que estava mas cerca del dolor que padecian. Quando sentian mucho dolor de cabeça, se sangran de la junta de las cejas, encima de las narices. La lanceta era una punta de pedernal, que ponian en un palillo endido, y lo atavan, porque no se cayese, y aquella punta ponian sobre la vena, y encima le davan un papirote, y así arbrían la vena con menos dolor, que con las lancetas comunes».

En nuestros ejemplares la atadura se ha perdido, pero quedan en cambio los restos de resina que han servido para sujetarlos junto con la atadura, que á juzgar por los demás objetos que hemos visto y en la que estos intervienen, debían ser de tientos ó mejor, tendones de animales.

El Inca, probablemente, al escribir *calamo corriente* no dió importancia á la resina. Más adelante, en la pág. 64, él mismo nos habla de las mujeres que ejercían la medicina entre los peruanos. He aquí el párrafo pertinente:

«Estas purgas, y sangrias, mandavan hacer los mas experimentados en ellas, *particularmente* ² viejas (como acá las parteras)...».

El conjunto de este hallazgo con objetos femeninos, nos confirma nuestra opinión, que concuerda con lo expresado por el Inca.

Buenos Aires, Junio 21 de 1908.

¹ *Costumbres y supersticiones en los Valles Calchaquíes de la Prov. de Salta*. Anales de la Soc. Científ. Arg. Tomo xli. Entrega 1.ª, 1898, y *Notas de Arqueología Calchaquí*, en Bol. Inst. Geogr. Arg. Tomos xvii y sig.

² Lo subrayado no es del autor, sino del que escribe, para llamar la atención sobre esto.

